

XXIV Encuentro del Pueblo de Dios

Concepción. Arquidiócesis de Corrientes.



María pura y limpia, ilumina nuestra esperanza



XXIV ° ENCUENTRO DEL PUEBLO DE DIOS - ARQUIDIÓCESIS DE CORRIENTES
Parroquia Inmaculada Concepción del Yaguareté Corá, Corrientes
Diciembre 2020

Este año por motivo del Covid19 no podemos realizar el Encuentro del Pueblo de Dios como lo veníamos haciendo todos los años. Sin embargo, la pandemia no impide que de otros modos podamos celebrarlo virtualmente, desde la Ciudad de Concepción, bajo el lema que inspira esta reflexión: “María pura y limpia, ilumina nuestra esperanza”.

Les enviamos este material para dialogar, compartir y discernir, que nos ayude a renovar nuestro compromiso como creyentes. Consta de dos momentos: en el primero, hacemos referencia sobre la condición de pura y limpia que distingue a la Virgen, y destacamos algunas de sus notas propias y condiciones principales. En el segundo momento, reflexionamos sobre la pura y limpia reunidos en torno al altar familiar, evocación del altar litúrgico, donde Ella ocupa el lugar central. En estos tiempos tan difíciles, el altar familiar y la presencia de la Bienaventurada Virgen María sostienen nuestra esperanza.



I. La pura y limpia

María es la criatura en la que la imagen de Dios se refleja con absoluta limpieza sin ninguna alteración. María es la Nueva Eva, pero no es sencillamente como Eva, sin el pecado, sino que fue enriquecida de una plenitud de gracias incomparables para ser la Madre de Cristo. La Concepción Inmaculada fue el inicio de una singular y excelsa vida sobrenatural que convirtió a María en la hija predilecta de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y sagrario del Espíritu Santo.

La sexta bienaventuranza proclama: “bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios”¹. Los corazones limpios designan a los que han ajustado su inteligencia y voluntad a las exigencias de la santidad de Dios, principalmente en tres dominios: la caridad, la pureza y el amor a la verdad y a la fe.

¹ Cf. Mt 5,8.

Existe un vínculo entre la pureza del corazón, la del cuerpo y la de la fe, como nos dice san Agustín: “creyendo obedezcan a Dios; obedeciendo vivan bien; viviendo bien purifiquen el corazón”.² A los limpios de corazón se les promete que verán a Dios cara a cara y que serán semejantes a Él. La pureza del corazón es preámbulo de la visión de Dios. Ya desde ahora esta pureza nos concede ver según Dios, recibir al otro como prójimo; nos permite considerar el cuerpo humano como templo del Espíritu Santo, manifestación de la belleza divina.

En la santísima Virgen meditamos el misterio de ser sin mancha del pecado original, la Inmaculada, la que es toda pulcra, limpia y pura. María amó con un corazón indiviso y recto hacer la voluntad de Dios, por eso le dijo “sí” al ángel cuando le anuncio que sería la Madre del Señor.

² Cf. San Agustín, *De fide et Symbolo*, 10, 25.

La pureza de la Virgen nos interpela también a nosotros para fomentar la pureza de intención, que consiste en buscar el fin verdadero del hombre: con mirada limpia se afana por encontrar y realizar en todo la voluntad de Dios. La pureza de la mirada exterior e interior se cultiva mediante la disciplina de los sentidos y la imaginación; mediante el rechazo de toda complacencia en los pensamientos impuros que inclinan a apartarse del camino de los mandamientos divinos. El recurso a la oración es fundamental, con la cual somos sostenidos no por nuestras fuerzas sino por la gran misericordia de Dios. Nos alcanza el ver a Dios y nos da la capacidad de ver según Dios todas las cosas. En el Sermón de la Montaña, Jesús insiste en la conversión del corazón buscando la pureza del corazón y la búsqueda de su reino. La pureza exige el pudor. Este es parte integrante de la templanza y preserva a la persona, está ordenado a la castidad, cuya delicadeza proclama. Ordena las miradas y los gestos en conformidad con la dignidad de las personas y con la relación que existe entre ellas. El pudor protege el misterio de las personas y de su amor. Invita a la paciencia y a la moderación, es modestia, mantiene el silencio y el respeto, se convierte en discreción. Existe un pudor de sentimientos que inspira una manera de vivir que permite resistir a las sollicitaciones de la moda y a la presión de las ideologías dominantes. La pureza exige purificación del clima social. Obliga a los medios de comunicación social a una información cuidadosa, respetuosa y discreta.

I.I Fuente de luz y de vida

La santísima Virgen María es fuente de luz y de vida por ser Madre de la luz, por engendrar en su corazón y en su vientre a Cristo, luz del mundo.³ Una antífona nos recuerda “Salve, Madre de la luz, engendraste a Cristo permaneciendo virgen y te has convertido en modelo de la Madre Iglesia.⁴” María estuvo llena del “sol que nace desde lo alto para iluminar”,⁵ siendo reflejo de su misericordia y de su amor.⁶

Ella es cristalina porque es absolutamente transparente, es pura y limpia total, ella se deja traspasar por la luz que es su Hijo Jesús ⁷. María, supo amorosamente acoger en su corazón a quien el mundo no supo reconocer. A través de Ella y por medio de Ella, vino la luz verdadera, la luz que ilumina a todo hombre. La vida cristiana es un camino dulcemente acompañado por María, somos peregrinos y Ella, “brilla ante el pueblo de Dios peregrinante, como signo de esperanza segura y de consuelo”.⁸

Al mirar a María, al fijarnos en su corazón tierno de mujer y de Madre, podemos contemplar la luz que el Padre ha querido entregarnos por gracia de su amor infinito. Al contemplarla, descubrimos la presencia de esa luz silenciosa que lleva a revelar el sentido de las cosas y de la vida. La diáfana y traslúcida Virgen Madre de Dios, nos invita a dejar que la luz de Cristo traspase toda nuestra vida, todos nuestros espacios, para que no haya oscuridad ni tristeza en nosotros, pues somos hijos amados de Dios

Pero para poder ir a la luz de Dios, debemos pasar por la cruz que nos lleva a Jesucristo, a su muerte y su resurrección, donde el final, es el triunfo de Dios, de la vida y de la luz. Con gran esperanza y acompañados por María, caminamos hacia la luz, hacia la vida, hacia Dios, Ella nos ayuda a mantener siempre encendida esta luz.



³ Cf. Jn 12,46; Jn 12,35-36.

⁴ Misas votivas de la Santísima Virgen María, 16.

⁵ Cf. Lc 1, 78-79.

⁶ Los Padres de la Iglesia utilizan la imagen de “mysterium Lunae” para hablar del reflejo de esa luz.

⁷ Según la filología es muy discutido y polémico el significado del nombre “María”. Con referencia a la luminosidad, algunos autores eclesiósticos dicen que significa “luz que resplandece sobre el mar” –de allí provendría la letanía lauretana “Stella maris”. Algunos biblistas hacen referencia a la mujer revestida de sol del libro del Apocalipsis.

⁸ Cf. Conc. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia, Lumen gentium 68.

María nos ilumina, con el resplandor que ella deja traspasar por la luz que es su Hijo. Así de este modo, la Virgen María nos ilumina la vida, y nos ponemos en sus brazos bajo su manto de amor, hacemos nuestra vida diaria con ella en el corazón, en la esperanza de su amor y nuestro corazón late fuertemente motivado por el impulso de su amor, confiados en que con su ayuda alcanzaremos la luz definitiva.

María, nos hace la vida hermosa, porque desde ella resplandece esa luz que irradia la fuerza que nos enseña a amar a nuestros hermanos y a buscar la reconciliación como buenos hijos del Dios de la vida. Con Ella, sentimos que es hermoso el don de la amistad, que con tanta preocupación nos enseña en las bodas de Cana, donde ella no solo es buena madre, también es buena amiga y solidaria, cuando trata de salvar a sus amigos de no poder agasajar adecuadamente a sus invitados, y recurre a su divino Hijo.

María ilumina nuestros deseos profundos de ser como su hijo Jesús, solidario con los pobres, con natural inclinación de hacer el bien, motivados a ayudar y a cuidar a los enfermos, y a ser útil para servir a los demás.

María también nos ilumina como sus hijos, para constituir una familia feliz, para que los jóvenes sepan de la alegría de sus padres y entiendan la preocupación de ellos en formar una familia unida, necesitados unos de otros, donde se viva el amor mutuo. María nos enseña que siempre tiene en su corazón a su Hijo y las cosas de su Hijo. Cuando Jesús se perdió en el templo, María le dijo: “Tu padre y yo hemos estado muy angustiados mientras te buscábamos”⁹. Para nosotros como padres, regresar al hogar y encontrarnos con los hijos, es una gran alegría, y damos gracia a María por su protección.

María, nos acerca como madre a su amado Hijo, nos consuela y nos renueva la esperanza, y con su luminosidad nos invita a que abramos nuestro corazón para que habite en el su Hijo Jesús. María nos llama para que nos alimentemos de Jesús en la eucaristía, para que así, con Jesús en nosotros, tengamos más comprensión de nuestros hermanos y de nuestros hijos, creciendo en amor con los demás. Con este llamamiento, nos sentimos los hijos amados de Dios, hermanos de Jesús, plenos de El en la comunión y le decimos en la Eucaristía, “gracias por quedarte con nosotros hasta el fin de los tiempos” y le decimos a María, “gracias por acercarnos a tu Hijo”.

María siempre está presente con nosotros durante todo el día. Con Ella nos sentimos tranquilos como un niño que descansa en los brazos de su madre. Cuando estamos con pena y dolor, que como ella, cuando estuvo frente a la cruz, nos sentimos consolados, porque Jesús nos la dejó como nuestra madre:

⁹ Cf. Lc 2,48.

“Jesús, al ver a la Madre y junto a ella al discípulo que más quería, dijo a la Madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Después dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre».¹⁰ Y desde aquel momento el discípulo se la llevó a su casa y nosotros la traemos a la nuestra y nos llenamos de alegría. Decimos entonces, “gracias Jesús, por dejarnos a María como nuestra Madre, con ella, no tenemos miedo, nos sentimos seguros y nos ayuda a buscarte, especialmente cuando tenemos peligro de caer o cuando caemos y buscamos ser perdonados por ti”.

El amor de María, el mismo que ella tuvo por Jesús, nos reconforta, nos levanta con su radiación y nos muestra el camino que nos lleva al Señor. María nos invita permanentemente a mirar a Jesús, como ella lo miro en la cruz. Mirar a Jesús, amor encarnado, Hijo del Padre que nos ama sin condición. Ella nos muestra cómo mirar a Jesús crucificado, para amarlo, y también a sobrellevar el sufrimiento.

María nos enseña mirar a Jesús en Belén, desde ese instante aprendemos a amarlo y, luego nos formamos como discípulos de su hijo amado. María fue fiel a su Hijo y lo siguió hasta la muerte en la cruz y con su fidelidad nos motiva para seguir a Jesús hasta la misma cruz e identificarnos con Él. A veces se suele escuchar que se dice “lo hago solamente por María” y esto es muy válido. Tenemos que tener en cuenta que el amor y devoción a la Bienaventurada Madre del Señor es difusivo. Es decir, expansivo: si lo hago por María, lo hago por Jesús y esto implica hacerlo también por los hermanos que, en consecuencia, es la Iglesia.

María nos enseña a ser obedientes con su Hijo, "Hagan lo que Él les diga"¹¹. María nos muestra con su fidelidad al Padre y su solidaridad con su Hijo, un modelo de vida. Así es como damos al Padre, “gracias por María”; como decimos al Hijo, “gracias por darnos una madre fiel, amorosa”. Gracias porque María nos ayuda sentirnos hijos amados del Padre, hermanos de Jesús. Gracias, porque su resplandor de buena mujer y buena madre, brilla ante todos sus hijos, alumbrándonos el camino para llegar a Jesús.

Con gran confianza, con mucha esperanza, acompañados por la Santísima Virgen María, caminamos hacia la luz, hacia la vida, hacia Dios. María Madre de Dios, nos ayuda a mantener siempre encendida esa luz que nos ilumina el camino para llegar a Jesús. Estamos llamados también nosotros a ser transparentes como María, de este modo permitir que la palabra de vida, se acerque a través nuestro a todo el que la necesite.



¹⁰ Cf. Jn 19,25-27.

¹¹ Cf. Jn 2,5.

I.2 Algunas condiciones principales de la bienaventurada Virgen María

La santidad ejemplar de la Virgen nos mueve a levantar los ojos hacia Ella, que brilla como modelo ante toda la comunidad de los elegidos ¹². La piedad hacia la Madre del Señor se convierte para nosotros en ocasión de crecimiento en la gracia divina, porque es imposible honrar a la "Llena de gracia" sin honrar en sí mismo el estado de gracia, es decir, la amistad con Dios, la comunión en El, el ser habitados por el Espíritu Santo. Esta gracia divina alcanza a todo el hombre y lo hace conforme a la imagen del Hijo ¹³.

De estas condiciones esenciales, centrales, fundamentales, importantes de la Madre se adornarán los hijos, que con tenaz propósito contemplan su ejemplo para reproducirlos en la propia vida. María es nuestro modelo oyente, orante, intercesora, maternal, que acompaña en el dolor y es servidora del Señor.¹⁴

María es la **"Virgen oyente"**, que acoge con fe la palabra de Dios: fe, que para ella fue premisa y camino hacia la Maternidad divina porque, como intuyó S. Agustín: "la bienaventurada Virgen María concibió creyendo y dio a luz creyendo."¹⁵ En efecto, cuando recibió del Ángel la respuesta a su duda ¹⁶, "Ella, llena de fe, y concibiendo a Cristo en su mente antes que en su seno", dijo: "he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra."¹⁷ La fe fue para ella, causa de bienaventuranza y seguridad en el cumplimiento de la palabra del Señor.¹⁸ Ella, protagonista y testigo singular de la encarnación, gracias a su fe, volvía sobre los acontecimientos de la infancia de Cristo, confrontándolos entre sí en lo hondo de su corazón.¹⁹ Esto mismo hace la Iglesia, la cual, sobre todo en la sagrada liturgia, escucha con fe, acoge, proclama, venera la palabra de Dios, la distribuye a los fieles como pan de vida y escudriña a su luz los signos de los tiempos, interpreta y vive los acontecimientos de la historia.

¹² Virtudes sólidas, evangélicas: la fe y la dócil aceptación de la palabra de Dios; la obediencia generosa; la humildad sencilla; la caridad solícita; la sabiduría reflexiva; la piedad hacia Dios, pronta al cumplimiento de los deberes religiosos, agradecida por los bienes recibidos, que ofrecen en el templo, que ora en la comunidad apostólica; la fortaleza en el destierro, en el dolor; la pobreza llevada con dignidad y confianza en el Señor; el vigilante cuidado hacia el Hijo desde la humildad de la cuna hasta la ignominia de la cruz; la delicadeza provisoria; la pureza virginal; el fuerte y casto amor sponsal. Pablo VI, Exhortación Apostólica "Marialis Cultus", 57.

¹³ Cf. Ibid, 57.

¹⁴ Seguimos del documento Marialis Cultus los números 16 al 20.

¹⁵ Cf. San Agustín, Sermón 215, 4.4.

¹⁶ Cf. Lc 1,34-37.

¹⁷ Cf. Lc 1,38.

¹⁸ Cf. Lc 1,45.

¹⁹ Cf. Lc 2,19.51.

La **"Virgen orante"**. Así aparece Ella en la visita a la Madre del Precursor, donde abre su espíritu en expresiones de glorificación a Dios, de humildad, de fe, de esperanza: tal es el Magníficat,²⁰ la oración por excelencia de María, el canto de los tiempos mesiánicos, en el que confluyen la exultación del antiguo y del nuevo Israel. El cántico de la Virgen, al difundirse, se ha convertido en oración de toda la Iglesia en todos los tiempos. En los hechos de los Apóstoles nos dice que perseveraban unánimes en la oración, juntamente con las mujeres y con María, Madre de Jesús, y con sus hermanos²¹. Es muy importante la presencia orante de María en la Iglesia naciente y en la Iglesia de todo tiempo, porque Ella, asunta al cielo, no ha abandonado su misión de intercesión y salvación²². Virgen orante es también la Iglesia, que cada día presenta al Padre las necesidades de sus hijos, alaba incesantemente al Señor e intercede por la salvación del mundo.²³



En las Bodas de Caná es la **"Virgen intercesora"**, donde, manifestando al Hijo con delicada súplica una necesidad temporal, obtiene además un efecto de la gracia: que Jesús, realizando el primero de sus signos, confirme a sus discípulos en la fe en Él²⁴. Ella intercede por las necesidades de esa joven pareja que estaba celebrando la boda. Es la que abre la puerta para que se realice el primer signo que hará Jesús para que los discípulos vean su gloria y crean en Él. Por el bautismo y el sacerdocio común de los fieles todos los cristianos tenemos también esta capacidad de mediación e intercesión ante el Señor por medio de la oración. Es la "Virgen-Madre", aquella que por su fe y obediencia engendró a Jesús, el Hijo del Padre, por obra del Espíritu Santo.²⁵ Por un lado, la Virgen es constituida como madre asumiendo la maternidad espiritual dada en la cruz cuando le dijo al discípulo amado "aquí tu Madre" y desde aquel momento la recibió en su casa. Es muy sanador y hermoso vivenciar la experiencia de la Virgen como madre que cuida, protege, anima y favorece la vida. Por otro lado, la prodigiosa maternidad de la Virgen fue constituida por Dios como tipo y ejemplo de la fecundidad de la Iglesia, la cual se convierte ella misma en Madre. La Iglesia con la predicación y el bautismo engendra a la vida nueva e inmortal a los hijos de Dios.²⁶ Justamente los antiguos Padres enseñaron que la Iglesia prolonga en el sacramento del Bautismo la Maternidad virginal de María.²⁷



²⁰ Cf. Lc 1,46-55.

²¹ Cf. Hch 1,14.

²² Cf. Conc. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia, Lumen gentium, 62.

²³ Cf. Conc. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia, Sacrosantum Concilium, 83.

²⁴ Cf. Jn 2,1-12.

²⁵ Cf. Lumen gentium 64.

²⁶ Ibid, 64.

²⁷ Cf. San León Magno, Homilías sobre la Natividad del Señor.

María es la **"Virgen que acompaña en el dolor"**. En el episodio de la Presentación de Jesús en el Templo, ²⁸ la Iglesia, guiada por el Espíritu, ha vislumbrado, más allá del cumplimiento de las leyes relativas a la ofrenda del primogénito ²⁹ y de la purificación de la madre, ³⁰ un misterio de salvación relativo a la historia salvífica. Esto es, ha notado la continuidad de la oferta fundamental que el Verbo encarnado hizo al Padre al entrar en el mundo;³¹ ha visto proclamado la universalidad de la salvación, porque Simeón, saludando en el Niño la luz que ilumina las gentes y la gloria de Israel,³² reconocía en El al Mesías, al Salvador de todos. Ha comprendido la referencia profética a la pasión de Cristo: que las palabras de Simeón, las cuales unían en un solo vaticinio al Hijo, signo de contradicción ³³, y a la Madre, a quien la espada habría de traspasar el alma ³⁴, se cumplieron sobre el calvario. María permanecerá al pie de la cruz de su hijo ³⁵.

Es la **"servidora del Señor"**, primeramente con su entrega a la voluntad de Dios: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra", y enseguida, con su entrega en el servicio al prójimo. Al enterarse que su prima Isabel estaba encinta, corrió a visitarla y allí permaneció para servirla hasta que dio a luz. La elección de María como la Madre del Mesías no es motivo de soberbia para ella, sino un motivo de humildad al comprometerse y darse en servicio a los demás. De esta manera la Madre de Jesús realiza con antelación el mandamiento nuevo: amar a Dios y al prójimo. En el amor al prójimo se demuestra la verdad del amor a Dios: "El que dice: 'amo a Dios', y no ama a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quién ve? Este es el mandamiento que hemos recibido de él: el que ama a Dios debe amar también a su hermano"³⁶.

²⁶ Ibid, 64.

²⁷ Cf. San León Magno, Homilías sobre la Natividad del Señor.

²⁸ Cf. Lc 2,22-35.

²⁹ Cf. Ex 13,11-16.

³⁰ Cf. Lev 12,6-8.

³¹ Cf. Heb 10,5-7.

³² Cf. Lc 2,32.

³³ Cf. Lc 2,34.

³⁴ Cf. Lc 2,35.

³⁵ Cf. Jn 19,25-27

³⁶ Cf. 1 Jn 4,20-21.

2. Celebramos a la Pura y Limpia reunidos en torno al altar

El Encuentro del Pueblo de Dios culmina reuniéndonos alrededor del altar, misterio central de nuestra vida cristiana, tal como lo hemos vivido en todos estos encuentros. Hoy queremos detenernos un momento en el altar que nos convoca en la parroquia Inmaculada Concepción, aunque este año no nos permite encontrarnos todos juntos personalmente en torno a ese altar. Sin embargo, tenemos una réplica de ese altar en nuestras casas: el llamado altar familiar. Allí queremos destacar la presencia central de la Virgen, la pura y limpia, la que es fuente de luz y de vida. En estos tiempos tan difíciles, el altar familiar ocupa un lugar fundamental para sostenernos en la esperanza, y por eso queremos destacar su importancia para este modo novedoso e inesperado de culminar nuestro Encuentro del Pueblo de Dios.



2.1 La pura y limpia en el altar familiar

En el centro del altar, generalmente se destaca la imagen de la Virgen de Itatí. Distinguimos a simple vista su tez morena, la dulzura de la mirada expresada en los ojos, el cabello negro, los aretes, el brocado, el rosario en sus manos juntas. El manto azul, prendido en forma de escote, bordado en oro con los detalles de flores, naturaleza y follaje. Mantilla blanca a la usanza de una dama española. Integran la imagen, elementos regionales: ñanduti, madera de nogal y timbó. Sobre la cabeza reposa la corona con doce estrellas y a los pies la medialuna. Con sus más y con sus menos, la imagen que preside el altar familiar es evocación-recuerdo-referencia de “la Tierna Madre de Dios: la pura y limpia; la que mira con ojos de ternura; la que no desecha las suplicas; la que concede un gran amor a su hijo Jesús; la que nos regala un corazón puro, humilde y prudente; la que nos concede paciencia, fortaleza y consuelo”³⁷. Es la que siempre brilla desde las orillas del Paraná e irradia su pureza y limpieza a todos sus hijos y “en los hogares humildes o en el máspreciado altar te veneran siempre igual con la misma devoción... en tus ojos hay bondad, en tu imagen hay dulzor que iluminan tu esplendor”³⁸.



2.2 El altar familiar evoca el altar litúrgico

El altar familiar es figura y evocación del altar litúrgico. También se constituye en recuerdo y memoria, ofrenda y sacrificio, fiesta y alegría. Este es el sentido por el cual está bella y cuidadosamente presente en el seno de las familias, en torno a él rezan y son colmados de gracia y bendición.

Cada elemento que forma parte del altar es recuerdo y memoria, tiene gran importancia lo afectivo, lo que Dios obró en un determinado momento de sus historias y vidas. La memoria conecta con el archivo compuesto por el conocimiento y las vivencias personales y familiares. El recuerdo la activa para revivir y volver hacer presente aquello que muchas veces inconsciente se hace consciente. Por eso se dice que recordar es volver a vivir, siendo propio de las personas esta capacidad. El recuerdo depende de la voluntad, la memoria es una facultad que se tiene, se manifiesta y ejecuta con el hábito. La memoria es personal y familiar. Todos los recuerdos llevan consigo una o varias emociones. Las imágenes, fotos, diversos objetos que se observan en el altar, activan los tesoros que contiene el río de nuestras vidas, nos hace revivir momentos especiales capturados, retenidos, almacenados en nuestro interior y bagaje espiritual.



37 Cf. Oración a la Virgen de Itatí.

38 Cf. Chámame “Virgencita de Itatí” (Gregorio Molina – Tránsito Cocomarola).

Ante el altar se presenta, se ofrece, la vida misma, como viene, con lo de todos los días: bueno, regular, malo, lindo y no tan lindo: ella es ofrenda y sacrificio. Tiene que ver con la actitud de compromiso que emana del encuentro con el Señor y la voluntad firme y constante de hacer el bien, de seguir los preceptos del Señor. En este sentido la mayor ofrenda es la misma fe, su mirada, el agradar a Dios, vivir la comunión con Él, que conlleva aceptar y hacer su voluntad cargando la cruz de cada día tornándose camino de conversión.

Cuando se ora comunitariamente tenemos la seguridad de la presencia del Señor en medio de quienes lo hacen. El altar familiar es oportunidad para vivir esa fiesta y alegría de descubrir la presencia de Jesús en medio de la familia. Es oportunidad de comunión con los miembros que la integran, con los difuntos, los santos y la iglesia. La oración se cultiva en distintos niveles, desde los más simples y sencillos hasta los más profundos, de forma personal y comunitaria. El encuentro real con Jesús es desbordante. Desde allí la familia vive mejor la comunión, la conserva, acrecienta y renueva. Implica el compromiso de anunciar en su entorno la Buena Nueva implicándose en la construcción del reino. Experimenta la alegría de haber encontrado al Señor y vivir desde este gozo.

Seguramente conocemos personas que viven durísimas realidades, atravesando situaciones muy difíciles marcadas por el dolor, la muerte, la enfermedad, el sufrimiento, los problemas económicos-familiares-sociales y otras dificultades que la vida les presenta en el día a día. El altar familiar es bálsamo para la vida, es aliento para seguir adelante, descanso en las fatigas, consuelo en el dolor, esperanza y luz en la oscuridad, fortaleza y confianza.

Orar en los acontecimientos de cada día y de cada instante es uno de los secretos del Reino revelado a los pequeños, a los pobres de las bienaventuranzas ³⁹. Es bueno y justo orar para que la venida del Reino de justicia y de paz influya en la marcha de la historia como también, impregnar de oración las simples y sencillas situaciones cotidianas. Todas las formas de oración pueden ser la levadura con la que el Señor compara el Reino de los cielos ⁴⁰.

³⁹ Excede a esta presentación las relaciones que tienen ciertos estilos de espiritualidad con los orígenes del cristianismo y la tradición heredada de los llamados “pobres de Yahveh” (anawin) y “los hijos de la tierra” (am ha arez).

⁴⁰ Cf. C.E.C 2660; Lc 13, 20-21.

A modo de cierre

Para entregarnos a Dios y al prójimo debemos ser imitadores de María, dejar a un lado la soberbia, el orgullo, el egoísmo, la comodidad, darnos cuenta de lo que Dios quiere que hagamos a favor de su Reino y de toda su Creación. Esto se logra por la contemplación de Dios en la oración guiada por el Espíritu Santo, la cual nos lleva a la actuación de Dios a través de nuestras obras como sus instrumentos y de nuestro testimonio de vida como hijos suyos. El altar familiar con la presencia central de la “Pura y Limpia”, es fundamental para alimentar y sostener nuestra esperanza.

Tanto la oración como la acción son impulsos del Espíritu Santo, su presencia en nosotros nos alienta a no temer ningún mal, porque el Señor está a nuestro lado y nos cuida siempre. Es el mismo que nos hace clamar “Abbá” y el que obra maravillas en quienes no se cierran a su acción santificadora; el mismo que nos comunica la Fe, don gratuito de Dios, y que nos hace actuar en consecuencia, ya que “así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta”⁴¹.

Para compartir

Queda la tarea de cada decanato y área pastoral, de formular preguntas de acuerdo con sus realidades particulares, concretas y específicas. El objetivo de las mismas es motivar el diálogo, la reflexión y la acción. Puede ser un puntapié inicial como estamos viviendo este tiempo, cuáles son los desafíos que emanan de él, a que compromisos nos interpelan, qué nos cuestionan, cómo seguir siendo signos de esperanza, a descubrir cómo María pura y limpia, sigue iluminando e impulsando nuestra vida hoy.

¡Buen y fructífero trabajo!

⁴¹ Cf. Sant 2,26.

